

Domingo 27 de octubre de 1991

# PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

J. D. SALINGER Y LOS 40 AÑOS DE HOLDEN CAULFIELD

# CAZADOR CAZADO

Uno de los libros tótem más eficientes en la historia de la literatura –"The Catcher in the Rye"– alcanza la madurez con todas sus facultades intactas. **Jorge Lanata** aventura motivos para la conducta de un escritor que dijo No y **J. D. Salinger** aporta la lista de lecturas del joven mesías Seymour Glass (págs. 4 y 5); **Rodrigo Fresán** remonta la historia del Cazador Oculto (págs. 2 y 3); y **John Updike** y **Tom Wolfe** recuerdan sin ira los días de sus respectivas iniciaciones en el culto a San Salinger (pág. 8).

**En Carnets:** Frederick Forsyth, María Seoane, Ursula K. Le Guin, los best-sellers

(págs. 6 y 7)



LOS 40 AÑOS DEL CAZADOR OCULTO

# Holden, una introducción

RODRIGO FRESAN

**Hace cuarenta años, un fin de semana cambió para siempre la historia de la literatura registrando la fuga de un adolescente en Nueva York, en busca de algo perdido. "Gusano patético" y "adolescente demencial a quien nadie en su sano juicio querría conocer"; al mismo tiempo, "la voz más querible de las letras desde Huck Finn" y "la historia clínica de todos nosotros". Así fue calificado el personaje de Holden Caulfield, protagonista de "El cazador oculto", y su creador, el aún más oculto y cazador J.D. Salinger.**

*Hold (hould). I. va. (pret. y pp. HELD; pp. [ant.] HOLDEN) tener; asir, coger, agarrar, retener, reservar; detener, contener; sostener, apoyar; tener de reserva; restringir, estrechar, limitar; encerrar; hacer, tener cabida o capacidad para; mantener; sostener, opinar; juzgar, reputar, entender; poseer, ocupar, disfrutar, gozar; celebrar (sesión, reunión); continuar, seguir; conservar; guardar, observar; obligar; hacer (responsable, etc.).*

***The American Heritage Dictionary***

Por un lado están los diez días que conmovieron al mundo y por otro lado está el igualmente revolucionario fin de semana que cambió para siempre la historia de la literatura registrando la fuga de un adolescente en busca de la iluminación en Nueva York, instalando como cierta la posibilidad de un escritor/gurú y elevando hasta alturas insospechadas la narración en primera persona del singular. Hace cuarenta años, la publicación de *The Catcher in the Rye* —título que parece condenado a la más inexacta de las traducciones ya sea como *El guardián entre el centeno* o *El cazador oculto*— modificó para siempre el modelo de ver las cosas porque, claro, Holden Caulfield ve las cosas de un modo diferente y elige desde el vamos una forma de protagonismo alternativo: a Holden le interesa estar en el mismo borde del campo de juego, en precario equilibrio ante el abismo. Holden prefiere mirar el partido desde afuera y que no lo molesten.

Se sabe que Jerome David Salinger, padre de la criatura, piensa exactamente igual.

**LEVANTAD, CRITICOS, LA OBRA MAESTRA.** Se sabe también, es ciencia exacta, que cualquier escritor que se disponga a perderse y encontrarse en los laberintos de la mente adolescente será —para bien o para mal— calificado de "nuevo Salinger". Le pasó a Bret Easton Ellis, le pasó a Jay McInerney, quien, astuto, parodió la inocurrencia desde la tapa de *Bright Light, Big City* con una ilustración que remedaba aquel famoso dibujo —Holden y su gorra— en la primera edición pocket del *Catcher*. Así *nuevo Salinger* se ha convertido en fórmula habitual de las contratapas y en elogio obvio. Pero en el momento de la aparición de *The Catcher in the Rye* las cosas no fueron tan sencillas: 237 *goddamns*, 58 *bastards*, 31 *Chrissakes* y un pedo estratégicamente ubicado fueron más que suficientes para que Salinger haya sido tachado de blasfemo por haber dado a luz a este "gusano patético" y "adolescente demencial a quien nadie en su sano juicio querría conocer" y consagrado por haber inventado "a la voz más querible de las letras desde Huck Finn" que ofrecía casi sin proponérselo "la historia clínica de todos nosotros". Enseguida los acontecimientos se precipitaron: Salinger se descubrió convertido en doctor Frankenstein superado por su criatura y para 1953 decide esfumarse de la faz del planeta, decisión que ha mantenido, con admirable disciplina, hasta nuestros días. Lo último que publicó —un largo cuento sobre la infancia de Seymour Glass que bordea peligrosamente la autoparodia involuntaria— fue en el año 1965 y desde entonces Salinger es considerado un desaparecido en acción. Un nombre y un hombre de perfiles fantasmagóricos que —es apenas una teoría— pudo haber elegido el exilio literario cuando comprendió que se estaba volviendo más personaje que persona, cuando el adolescente confundido mutó a suicida seguro de sí mismo, cuando sus lectores comenzaron a perseguirlo con el furioso convencimiento de que Salinger era poco menos que un nuevo mesías.

**EL PERIODO AZUL DE HOLDEN CAULFIELD.** El héroe de la cuestión aparece por primera vez en la obra salingeriana en un cuento publicado en 1944 por *The Saturday Evening Post* con el título de "Last Day of the Last Furlough". En ella aparecen dos soldados que, antes de entrar en acción sobre suelo europeo, conversan y se cuentan sus vidas. Uno de ellos es Vincent Caulfield, quien "tiene un hermano menor en el ejército al que lo echaron de un montón de colegios". El hermano menor, alguien que para la oficialidad es considerado "desaparecido", responde al nombre de Holden.

Al año siguiente, *Esquire* publicó "This Sandwich Has No Mayonnaise" donde se habla mucho de Holden pero —como en "Furlough"— no se lo ve por ningún lado y hasta se insinúa una hipotética muerte. El cuento trata de la obsesión de Vincent por la desaparición de Holden: "Mi hermano tiene diecinueve años y el muy tonto... lo único que hace es oír atentamente a ese aparatito malajustado que lleva por corazón".

Durante el mismo año, 1945, Salinger mata a Vincent Caulfield en un cuento llamado "The Stranger" y finalmente nos presenta al Holden adolescente y neurótico de posguerra en "I'm Crazy". Ambas historias aparecieron en *Collier's*. Al año siguiente, Holden toma por asalto las páginas del *The New Yorker* con "Slight Rebellion off Madison". Tanto "Crazy" como "Rebellion" figuran en la versión final del *Catcher* apenas retocados.

*The Catcher in the Rye* es publicado en julio de 1951 y el resto es una historia de prohibiciones, escándalos, persecución a manos de biógrafos y biógrafos perseguidos, prohibiciones del libro en colegios secundarios y quemas públicas junto al *Matadero 5*, de Kurt Vonnegut hasta que —una fría noche de diciembre en Nueva York— Mark David Chapman dispara sobre John Lennon y se sienta en el cordón de la vereda a leer el célebre párrafo que da nombre al libro. Esa página donde Holden habla de miles de niños jugando en un enorme campo de centeno junto a un precipicio, donde Holden confiesa que nada le gustaría más que vigilarlos todo el día y atajarlos para que no caigan al abismo que, de improviso, se abre a sus pies.

**JUSTO DESPUES DE LA GUERRA CON LOS PERIODISTAS.** Salinger desaparece. Ahora lo ves, ahora no. Salinger deja de escribir. Apenas algunos cuentos más y la familia Glass convirtiéndose en peligroso centro del universo. Cuando parece que todo va a estallar, todo termina. O al menos queda en suspenso. Truman Capote, con la malicia y la mitomanía que caracterizó hasta a su más casual comentario, aseguró que "me han dicho de muy buena fuente que no ha dejado de escribir en absoluto. Que ha escrito al menos cinco o seis novelas cortas y que *The New Yorker* las ha rechazado, y que él sólo quiere publicar en *The New Yorker*. Que todas son muy extrañas y que tratan de budismo zen... Es un muerto literario. La verdad que podría morirse del todo y así emprolijar su incómoda situación".

John Cheever, colega cuentista en *The New Yorker* y mucho más piadoso a la hora de la especulación, precisó que "comprendo cuán extraño es su don. Aun así me parece que Salinger se encerró en el baño; y todo indica que perdió la llave y no puede salir".

El extremo del fenómeno se alcanza con cláusula en contrato editorial. Salinger prohíbe que sus libros lleven fotos de autor, ilustraciones de tapa y noticias biográficas o críticas y prohíbe todo tipo de adaptaciones cinematográficas para las que en algún momento se barajaron los nombres de Bob Dylan y Timothy Hutton a la hora del Holden Caulfield de celuloide. Quemar los archivos, entonces. Algo así como un curso relámpago para transformarse en el hombre invisible.

Pero, se sabe, nada es del todo transparente: la búsqueda del Salinger se convirtió en una suerte de pasatiempo nacional, se lo intentó relacionar con el también escritor fantasma William Wharton (*Birdy*, *Dad*) y, así, años atrás el periodista Mark Phillips asegura haber descubierto a J. D. tras el alias de Giles Weaver publicando en una casi desconocida aunque prestigiosa revista

## Breve biografía de un desaparecido

Jerome David Salinger nació el primer día del año 1919. Su madre era una irlandesa-escocesa llamada María que cambió su nombre por Miriam al casarse con Sol, un judío importador de jamones.

Salinger tiene un coeficiente intelectual de 111, fue expulsado del colegio secundario en Nueva York y enviado a la academia militar de Valley Forge. Le gusta mentir. Mintió en fiestas en el Greenwich Village y en la solapa de *Franny & Zooey* se preocupó por escribir que "vivo en Westport con mi perro" lo que, por aquel entonces, distaba de ser cierto.

Se desempeñó como sargento en el duodécimo batallón de la cuarta división de las fuerzas armadas durante la Segunda Guerra Mundial. Trabaja en Inteligencia del ejército. Conoció a William Sorayan, a Ernest Hemingway, a Charles Chaplin y ninguno de ellos le cayó demasiado bien sino casi todo lo contrario. Se casó dos veces. La primera con una doctora francesa con la que dice estar unido telepáticamente hasta el fin de los tiempos; la segunda, con una estudiante de Radcliffe llamada Claire Douglas. Se divorciaron en 1967. Tienen dos hijos. Uno de ellos, Matthew, hace poco trepó por las pantallas de la calle Lavalle encarnando al Hombre Araña.

Apenas se mudó a Cornish, New Hampshire, en 1953 —pueblo donde todavía vive— se hizo buen amigo de un grupo de estudiantes secundarios. Jerry —tal como lo conocían los muchachos— solía frecuentar un reducto adolescente llamado Nap's Lunch: organizaba fiestas, invitaba Coca-Cola y ponía discos de música clásica y shows de Broadway en su equipo de sonido. Un día levantó una cerca de dos metros y medio alrededor de su casa y eso fue todo, amigos. "Voy a pagar el precio de este tipo de actitud, voy a ser un hombre solitario", fueron sus últimas palabras antes del nada por aquí, nada por allá.

R.F.

literaria llamada *The Phoenix*. Un autorretrato de inconfundible perfil salingeriano más una breve biografía no hicieron más que aumentar sus sospechas: "Giles Weaver es sólo el seudónimo de un escritor que vive como un indígena solitario en el Kalahari norteamericano". Una de las dos largas piezas publicadas por Weaver en el '71 —*Nuevas memorias del subsuelo*— sorprende por su inconfundible aliento salingeriano así como por la implícita confirmación de los rumores de que Salinger pasó algún tiempo en una institución psiquiátrica. Weaver escribe desde un hospital y en "How Weird my Depressions Can Get" podemos leer que: "Aun cuando tengo períodos de muerte cerebral y pequeñas depresiones, se puede decir que soy feliz por primera vez en la vida. Una de las razones es que finalmente soy sabio y he abandonado toda idea de trabajar".

**UN DIA PERFECTO PARA EL CAZADOR OCULTO.** Usa anteojos, recoge su correo a eso de las diez de la mañana y se lo ve poco por las calles de Cornish. De vez en cuando compra libros: novelas policiales, ciencia ficción y alguno que otro volumen sobre temas filosóficos. Trabaja desde temprano hasta el anochecer en un bunker de cemento armado que construyó junto a su casa. En julio de 1980 abrió la boca para afirmar que: "No hay más Holden Caulfield. Si quieren saber más relean el libro, está todo ahí. Holden Caulfield es apenas un instante congelado en el tiempo". De ahí que —paradoja atendible— la verdad se encuentre en algún lado de la ficción y no en las siempre desautorizadas biografías que sólo terminan enhebrando desautorizadas hipótesis: los padres de Salinger eran amigos de los hermanos Marx; Salinger era un experto oficial interrogador de jerarcas nazis durante la Segunda Guerra Mundial; Salinger vive en el Tibet. Tal vez —como se burló Capote— la muerte clarifique y recién entonces verá luz una verdad seguramente decepcionante. Mientras tanto, el instante congelado en el tiempo no deja de prolongarse con modales característicos y títulos que todos traducen mal. A *El cazador oculto* argentino —una de las variantes más discretas, como enseguida se verá—, se le suman el *Vida de hombre* italiano, el *Epoca peligrosa de la vida* japonés, el *Cada uno para sí y quien se quede atrás con el diablo se las arreglará* noruego, *El solucionador de problemas* sueco, *El atrapacorazones* francés, *El hombre en el centeno* alemán, el *Vagabundeo solitario* holandés y el *Yo, Nueva York y todo lo demás* israelí. Como desde hace cuarenta años, todos ellos continúan preguntándose a dónde van los patos del Central Park en invierno. Todos acaban frente a una calesita girando en la lluvia, felices de haber llegado a algún lugar y de haber encontrado la más relativa de las treguas porque "nunca se puede encontrar un sitio que sea agradable y pacífico porque, sencillamente, no existe. Puedes *creer* que es posible, pero una vez que estás ahí, cuando te distraes, alguien se va a entrometer en el paisaje para escribir *Fuck you* justo debajo de tus narices".

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

## Para atrapar al pez banana

Cuando el poeta y biógrafo británico Ian Hamilton se propuso una biografía de Jerome David Salinger, seguramente no tenía la menor idea de dónde se estaba metiendo. De acuerdo, sabía que no iba a ser fácil; pero jamás imaginó que iba a ser tan difícil. Hamilton acabó siendo demandado por el autor de *The Catcher in the Rye* y lo que en un principio iba a llamarse *J. D. Salinger: La vida de escritor* tuvo que conformarse con ser, finalmente, *En busca de J. D. Salinger*, un imperfecto y desesperado jugar a las escondidas donde todos salieron perdiendo: Hamilton tuvo que "purgar" el original de su libro después de haber sido engañado por su astuta presa —cuando ésta registró a su nombre todas las cartas y documentos reproducidos en el libro; lo que, en realidad, permitió que cualquier curioso que se dé una vuelta por la biblioteca del Congreso en Washington pueda leer todo aquello que el ermitaño deseaba mantener lejos del público y, fundamentalmente, de sus lectores— y J. D. Salinger se vio obligado a responder ante las autoridades todo aquello que se había negado a explicar a Hamilton. A continuación se reproduce un revelador pasaje del feroz interrogatorio al que Salinger fue sometido para evitar así la publicación de su biografía.

*—Señor Salinger, ¿cuándo fue la última vez que usted escribió una obra narrativa para ser publicada?*

—No puedo asegurarlo con exactitud.

*—En los últimos veinte años, ¿ha escrito usted alguna obra narrativa para ser publicada?*

—No...

*—En el curso de los últimos veinte años, ¿ha escrito usted alguna obra narrativa que no haya sido publicada?*

—Sí.

*—¿Podría usted describirlas? ¿Son cuentos, relatos, artículos para revistas?*

—Resultaría muy difícil... Es muy difícil responder. Yo no escribo de esa manera. Simplemente me pongo a escribir y veo qué ocurre.

*—Tal vez sea más fácil enfocarlo así: ¿querría decirme cuáles han sido sus realizaciones literarias en el ámbito de la narrativa durante los últimos veinte años?*

—¿Podría decirle, o querría decirle?... Sólo una obra narrativa. Eso es todo... Es la única descripción que puedo hacer al respecto... Es casi imposible de precisar. Trabajo con personajes y, según se desarrollan, simplemente sigo a partir de ahí.

# EL SOCIO DEL SILENCIO




**JORGE LANATA**

Esta es la historia de un hombre que dijo No. Y es también la historia de una sutil venganza de la gloria, decidida a protegerlo hasta de sí mismo.

Hay en esta historia un viejo de cara desencajada, sorprendido en la puerta del supermercado, espanto en los ojos que enfrentaron las cámaras de dos reporteros del *New York Post*. Esta cara pudo verse en Cornish a fines de abril de 1988 —fue publicada en la revista *Time* del 2 de mayo— y tanto Paul Adao como Steve Conally, los fotógrafos que lograron la exclusiva, guardan silencio desde entonces. Adao se pudre en el City Desk (Información Municipal) del *Post*, y Conally es un free-lance que mantiene desde entonces la costumbre de cenar en la casa de su amigo a mitad de la semana.

—La historia de esa foto —pidió una voz desde Buenos Aires.

Adao cortó.

—City Desk —volvió a marcar la voz—. Paul Adao, por favor.

Adao volvió a cortar.

Es imposible confirmar si ese grito, que se ve ahora en la última foto de JD Salinger que ilustra la tapa de este suplemento, existió en realidad. No es la boca, sino la mirada de Salinger lo que grita. Alguien entró de improviso en el cuarto, ya no hay tiempo de correr las sábanas. Alguien no soporta el silencio, no sé si es la gloria o la televisión.

El viejo desapareció de las editoriales poco después de junio de 1963 cuando publicó en el *New York Review* su último cuento conocido: la historia de Buddy Glass, hermano menor de Seymour.

¿Cómo alguien puede decir que No? ¿Cómo puede retirarse a una granja el mayor autor norteamericano vivo? La decisión de Salinger alteró el sueño de todo intelectual que se precie, de periodistas y críticos literarios, de aspirantes a escritor y de otros escritores que no comprendían cómo podía retirarse del juego alguien que había acertado un pleno con diez fichas.

Escribe. Pero no publica.

No escribe. No puede decir una palabra más.

Es monje budista.

Publica, pero con seudónimo.

Está internado en un psiquiátrico.

Ha muerto.

Nunca escribió. Fue una farsa.

Escribe, a veces. Es muy malo lo que hace. El *New Yorker* le rechazó varios cuentos.

Hace las compras. Lee novelas policiales.

El mismo Updike, en estas páginas, lo bautiza Santo. El viejo JD podrá ser cualquier cosa pero nadie lo aceptará como persona. Las personas sólo dicen Sí: asisten a conferencias interminables, sonríen frente al flash de la revista *Life*, discuten porcentajes con su agente, cobran derechos, construyen éxitos y fracasos, y finalmente mueren.

Si alguien escribe, lo hará siempre, condenado de por vida a la publicación y a las preguntas del noticiero de la noche:

—¿Qué opina sobre la Guerra del Golfo?

—¿Admira a alguno de sus contemporáneos?

—¿Qué le hubiera pasado a Seymour Glass de estar ahora con vida?

—¿Aquella escena de cama era autobiográfica?

—¿Kundera explica a sus personajes?

—¿La novela ha muerto?

—¿El cuento ha muerto?

—¿La poesía ha muerto?

—¿Usted ha muerto?

Juan Rulfo también. Casi no publicaba. Puede ser contagioso.

El viejo JD camina por Cornish, entre los límites de su propia trampa: el silencio sólo sirvió para agrandar el mito. Los abogados cumplen a medias su misión de anticuerpos: una extensa lista de demandas por "invasión de privacidad", "plagio", "uso de cartas sin autorización", etcétera.

Es imposible evitar la imagen de Howard Hughes, uno de los hombres más ricos del planeta, acosado por el pánico a los virus. Hughes gritando tras un barbijo hasta su muerte, producida en un hospital modelo en el que se revisaban hasta las partículas de polvo.

Si JD apareciera una vez al mes en algún duplex de la CNN, el zapping elegiría "Miami Vice".

Nadie conoce las razones del silencio. Tal vez hasta el propio Salinger las haya olvidado: las grandes deci-

# EL SOCIO DEL SILENCIO

**JORGE LANATA**

Esta es la historia de un hombre que dijo No. Y es también la historia de una sutil venganza de la gloria, decidida a protegerlo hasta de sí mismo.

Hay en esta historia un viejo de cara desencajada, sorprendido en la puerta del supermercado, espanto en los ojos que enfrentaron las cámaras de dos reporteros del *New York Post*. Esta cara pudo verse en Cornish a fines de abril de 1988 —fue publicada en la revista *Time* del 2 de mayo— y tanto Paul Adao como Steve Conally, los fotógrafos que lograron la exclusiva, guardan silencio desde entonces. Adao se pudre en el City Desk (Información Municipal) del *Post*, y Conally es un free-lance que mantiene desde entonces la costumbre de cenar en la casa de su amigo a mitad de la semana.

—La historia de esa foto —pidió una voz desde Buenos Aires.

Adao cortó.

—City Desk —volvió a marcar la voz—. Paul Adao, por favor.

Adao volvió a cortar.

Es imposible confirmar si ese grito, que se ve ahora en la última foto de JD Salinger que ilustra la tapa de este suplemento, existió en realidad. No es la boca, sino la mirada de Salinger lo que grita. Alguien entró de improviso en el cuarto, ya no hay tiempo de correr las sábanas. Alguien no soporta el silencio, no sé si es la gloria o la televisión.

El viejo desapareció de las editoriales poco después de junio de 1963 cuando publicó en el *New York Review* su último cuento conocido: la historia de Buddy Glass, hermano menor de Seymour.

¿Cómo alguien puede decir que No? ¿Cómo puede retirarse a una granja el mayor autor norteamericano vivo? La decisión de Salinger alteró el sueño de todo intelectual que se precie, de periodistas y críticos literarios, de aspirantes a escritor y de otros escritores que no comprendían cómo podía retirarse del juego alguien que había acertado un pleno con diez fichas.

Escribe. Pero no publica.

No escribe. No puede decir una palabra más.

Es monje budista.

Publica, pero con seudónimo.

Está internado en un psiquiátrico.

Ha muerto.

Nunca escribió. Fue una farsa.

Escribe, a veces. Es muy malo lo que hace. El *New Yorker* le rechazó varios cuentos.

Hace las compras. Lee novelas policiales.

El mismo Updike, en estas páginas, lo bautiza Santo. El viejo JD podrá ser cualquier cosa pero nadie lo aceptará como persona. Las personas sólo dicen Sí: asisten a conferencias interminables, sonríen frente al flash de la revista *Life*, discuten porcentajes con su agente, cobran derechos, construyen éxitos y fracasos, y finalmente mueren.

Si alguien escribe, lo hará siempre, condenado de por vida a la publicación y a las preguntas del noticiero de la noche:

—¿Qué opina sobre la Guerra del Golfo?

—¿Admira a alguno de sus contemporáneos?

—¿Qué le hubiera pasado a Seymour Glass de estar ahora con vida?

—¿Aquella escena de cama era autobiográfica?

—¿Kundera explica a sus personajes?

—¿La novela ha muerto?

—¿El cuento ha muerto?

—¿La poesía ha muerto?

—¿Usted ha muerto?

Juan Rulfo también. Casi no publicaba. Puede ser contagioso.

El viejo JD camina por Cornish, entre los límites de su propia trampa: el silencio sólo sirvió para agrandar el mito. Los abogados cumplen a medias su misión de anticuerpos: una extensa lista de demandas por "invasión de privacidad", "plagio", "uso de cartas sin autorización", etcétera.

Es imposible evitar la imagen de Howard Hughes, uno de los hombres más ricos del planeta, acosado por el pánico a los virus. Hughes gritando tras un barbijo hasta su muerte, producida en un hospital modelo en el que se revisaban hasta las partículas de polvo.

Si JD apareciera una vez al mes en algún duplex de la CNN, el zapping elegiría "Miami Vice".

Nadie conoce las razones del silencio. Tal vez hasta el propio Salinger las haya olvidado: las grandes decisiones a veces se originan en una nimiedad, y después es demasiado tarde para detenerlas.

—Trabajo en una novela —mintió durante años Henry Miller a Mona y a sus acreedores.

—Escribo la mejor novela de no ficción que jamás se haya escrito. Está basada en una frase de Santa Teresa. Se llamará *Plegarias atendidas* —tosió Truman Capote cuando firmó el adelanto del libro que nunca llegó a terminar.

—Los que de veras me encantan son esos libros que cuando uno termina de leerlos desearía ser íntimo amigo del autor y hasta llamarlo por teléfono y todo —escribió JD en las primeras páginas de *El cazador oculto*.

Quizá sean amigos los que, dentro de veinte años, se enfrenten en un remate de Sotheby's compitiendo por el precio de un calzoncillo o un cuaderno de notas de Salinger. O los críticos que cortan sus cuentos con un bisturí, decididos a interpretar palabra por palabra. O los detectives que montan guardia en las esquinas de Cornish, o los exegetas que investigan en las bibliotecas los argumentos que abonan la tesis del escritor fantasma, oculto tras un seudónimo. Las tías de Sarandí conocen de sobra que hay amores que matan.

JD cumplió 72 y sería más razonable imaginar a este viejo que dijo No quemando cada rastro, cada carta, sembrando pistas todavía más falsas, cambiando de supermercado, y de granja, y odiando para siempre aquella tontería por la que escapó, ahora casi tan grande como él mismo.

"Se dice de mí...". Como J.D. Salinger no dice nada, se dice de él que escribe pero no publica; que no escribe más, que quizá nunca escribió y todo fue un malentendido, una farsa; que está internado en un psiquiátrico; que se recluyó en una granja, o en su casa; que ha muerto hace tiempo; que va al supermercado —donde una vez lo atraparon dos fotógrafos— y lee novelas policiales, a modo de única actividad; que sigue publicando, pero bajo seudónimo. Quién sabe. Sólo se sabe que el hombre dijo No y que, poco antes de su silencio cerrado, publicó un último cuento, un fragmento del cual se publica en estas páginas.



## LA INFANCIA DEL PEZ BANANA

# Seymour quiere libros

*Después del imprevisible suicidio de Seymour Glass en una habitación de hotel de Miami, a J.D. Salinger sólo le quedó explorar la peculiar infancia de su personaje más misterioso en una colonia de vacaciones.* Hapworth 16, 1924 *se publicó en 1965 para convertirse en el último texto que el autor de* El cazador oculto *publicara —al menos bajo su nombre real— hasta la fecha. El largo cuento nunca fue editado en forma de libro y ocupó casi toda la edición del* The New Yorker *del 19 de junio de ese año. Desde entonces, se presume, todo es silencio y calma que, de vez en cuando, se interrumpen cuando algún biógrafo o fotógrafo sacan pasaje con destino a Cornish, N.H. Lo que a continuación se presenta es, apenas, una parte de la lista de lectura del pequeño monstruo.*

¡No voy a seguir tiranizando a ninguno! ¡Hasta luego a todos por el momento! ¡Les mandamos nuestros corazones desnudos!

¡Para mi alivio y posterior divertimento, tengo otro block de papel que no sabía que tenía, junto al placer de darme cuenta de que al reloj de Griffith Hammersmith, que Buddy amablemente tomó prestado para mi conveniencia, no le han dado cuerda y está marcando la hora de ayer o de antes de ayer! Seré rápido con este dilema viciado, a pesar del pronunciado lado gracioso. Tal vez ustedes le recuerden rápidamente al señor Fraser que, en persona, nos ofreció este servicio fuera de lo común. Dijo que mandaría personalmente cualquier libro que pidiéramos, o algún delegado suyo, si él estuviera fuera de la ciudad, sin duda asumiendo que un amigo o pariente de confianza asumiría los costos del correo. Sin dar más vueltas, aquí está la lista para ustedes o para la señorita Overman que nos gustaría recibir en esta dudosa dirección. El señor Fraser no mencionó cuántos libros consentiría en mandarnos, entonces, si me tomé demasiadas libertades con la cantidad, por favor pídanle a la señorita Overman que se interponga y disminuya la cantidad, usando su encantadora discreción. Sucintamente expuesto, como sigue:

*Italiano para conversar*, por R.J. Abraham. El es un buen amigo de los viejos días en España.

Cualquier libro tolerante o intolerante con Dios, o simplemente con la religión, los escritos por personas cuyos apellidos comienzan con cualquier letra después de la H; para mantenernos en el lado seguro, por favor incluyan también la H, aunque creo que casi la agoté.

Otra vez la obra completa del conde Leo Tolstoi. Esto no será un inconveniente para el señor Fraser; será un inconveniente para la hermana de la señorita Overman. Ella, la señorita Overman, tiene la obra completa del conde y podría consentir en prestárnosla otra vez, sabiendo a esta altura que cuidamos apasionadamente los libros prestados por amigos. Por favor, no manden *Resurrección o La sonata Kreutzer* y tal vez ni siquiera *Los cosacos*, no siendo necesaria o deseable una segunda lectura de estas obras maestras. Queremos especialmente volver a cruzarnos con Stepan o Dolly Oblonsky, que capturaron nuestros corazones, nuestra humanidad, nuestra diversión la última vez que nos encontramos; éstos son los personajes, hombre y mujer, de *Ana Karenina*. Con seguridad, el joven pensador, héroe del libro, es enteramente absorbente, así como también su bella y futura mujer, una criatura adorable en último análisis; sin embargo, son muy inexpertos; necesitamos mucho más de la compañía de un pícaro en este lugar, con una dulzura directa en su corazón y sus entrañas.

*El músico de Gayatri*, de autor desconocido, preferentemente con las palabras originales pegadas a la traducción al inglés; enteramente bello, sublime y refrescante.

*Don Quijote*, por Cervantes. ¡Este hombre es un genio que está más allá de toda comparación fácil! Tengo esperanzas en que la señorita Overman mande esto personalmente y no el señor Fraser personalmente; me temo que es incapaz de pasarnos el trabajo de un genio sin un comentario personal y una enloquecedora evaluación. En tributo a Cervantes, preferiría recibir estas obras por correo sin discusiones sin sentido y azares poco necesarios.

*Raja-Yoga* y *Bhakti-Yoga*, dos pequeños volúmenes, perfectos para los bolsillos promedio de chicos de mi edad, por Vevekananda de India. Es uno de los más excitantes, originales, y mejor equipados gigantes de este siglo con el que yo jamás me haya topado; mi admiración personal por él nunca se extinguirá o dejará de aumentar mientras viva. Recuerden estas palabras: fácilmente daría diez años de mi vida, tal vez más, si pudiera haberle dado la mano o por lo menos un respetuoso saludo en alguna agitada calle de Calcuta o en cualquier otro lugar.

Para un primer encuentro, o para un renovado encuentro, ediciones del tamaño más pequeño posible de los siguientes geniales o talentosos escritores:

Charles Dickens, ya sea en partes o entero, o en cualquier forma ¡Oh, Dios, yo te rindo homenaje, Charles Dickens!

George Eliot; sin embargo, no en su integridad. Por favor dejen que la señorita Overman o el señor Fraser decidan sobre esta cuestión. Como Eliot no es demasiado caro a mi corazón, dejarle la cuestión a la señorita Overman o al señor Fraser.

William Makepeace Thackeray, pero no completo.

Jane Austen, íntegro o de cualquier forma, descontando *Orgullo y prejuicio*, que ya está en mi posesión. No voy a molestar al genio incomparable de esta mujer con comentarios dudosos; no puedo entrar en una discusión sobre un genio femenino, magnífico y humoroso.

John Bunyan. Francamente, no le di a este hombre una justa oportunidad cuando era más joven, encontrándolo sin ganas de darles a unas pocas debilidades personales, como ser la ambición, la pereza, y muchas otras, el beneficio de unas pocas, algo tortuosas, dudas. Es demasiado condenablemente áspero para mi gusto. Paso al próximo autor de esta lista desordenada.

Warwick Deeping; no demasiado esperanzado pero fuertemente recomendado por cualquier conocido en la biblioteca principal. Estoy completa y permanentemente en contra de ignorar libros recomendados de corazón por lindas personas y desconocidos; las consecuencias son a menudos dolorosas en una forma muy encantadora.

Las hermanas Brontë de nuevo, ¡son chicas embriagadoras! Fraser podría perfectamente enojarse por la algo floreciente cantidad de libros pedidos, a pesar de que él mismo olvidó mencionar el número máximo de libros que estaría dispuesto a mandarnos mientras estuviéramos lejos. Por favor, pídanle a la señorita Overman que lo impresione diciéndole que los dos estamos leyendo con creciente, increíble rapidez todos los días de nuestras vidas y podemos devolver cualquier valioso libro en un segundo, donde la velocidad de la devolución es esencial y nosotros podemos conseguir estampillas.

***(Traducción de María O'Donnell)***

siones a veces se originan en una nimiedad, y después es demasiado tarde para detenerlas.

—Trabajo en una novela —mintió durante años Henry Miller a Mona y a sus acreedores.

—Escribo la mejor novela de no ficción que jamás se haya escrito. Está basada en una frase de Santa Teresa. Se llamará *Plegarias atendidas* —tosió Truman Capote cuando firmó el adelanto del libro que nunca llegó a terminar.

—Los que de veras me encantan son esos libros que cuando uno termina de leerlos desearía ser íntimo amigo del autor y hasta llamarlo por teléfono y todo —escribió JD en las primeras páginas de *El cazador oculto*.

Quizá sean amigos los que, dentro de veinte años, se enfrenten en un remate de Sotheby's compitiendo por el precio de un calzoncillo o un cuaderno de notas de Salinger. O los críticos que cortan sus cuentos con un bisturí, decididos a interpretar palabra por palabra. O los detectives que montan guardia en las esquinas de Cornish, o los exegetas que investigan en las bibliotecas los argumentos que abonan la tesis del escritor fantasma, oculto tras un seudónimo. Las tías de Sarandí conocen de sobra que hay amores que matan.

JD cumplió 72 y sería más razonable imaginar a este viejo que dijo No quemando cada rastro, cada carta, sembrando pistas todavía más falsas, cambiando de supermercado, y de granja, y odiando para siempre aquella tontería por la que escapó, ahora casi tan grande como él mismo.

"Se dice de mí...". Como J.D. Salinger no dice nada, se dice de él que escribe pero no publica; que no escribe más, que quizá nunca escribió y todo fue un malentendido, una farsa; que está internado en un psiquiátrico; que se recluyó en una granja, o en su casa; que ha muerto hace tiempo; que va al supermercado —donde una vez lo atraparon dos fotógrafos— y lee novelas policiales, a modo de única actividad; que sigue publicando, pero bajo seudónimo. Quién sabe. Sólo se sabe que el hombre dijo No y que, poco antes de su silencio cerrado, publicó un último cuento, un fragmento del cual se publica en estas páginas.



## LA INFANCIA DEL PEZ BANANA

# Seymour quiere libros

*Después del imprevisible suicidio de Seymour Glass en una habitación de hotel de Miami, a J.D. Salinger sólo le quedó explorar la peculiar infancia de su personaje más misterioso en una colonia de vacaciones. Hapworth 16, 1924 se publicó en 1965 para convertirse en el último texto que el autor de* El cazador oculto *publicara —al menos bajo su nombre real— hasta la fecha. El largo cuento nunca fue editado en forma de libro y ocupó casi toda la edición del* The New Yorker *del 19 de junio de ese año. Desde entonces, se presume, todo es silencio y calma que, de vez en cuando, se interrumpen cuando algún biógrafo o fotógrafo sacan pasaje con destino a Cornish, N.H. Lo que a continuación se presenta es, apenas, una parte de la lista de lectura del pequeño monstruo.*

No voy a seguir tiranizando a ninguno! ¡Hasta luego a todos por el momento! ¡Les mandamos nuestros corazones desnudos!

¡Para mi alivio y posterior divertimento, tengo otro block de papel que no sabía que tenía, junto al placer de darme cuenta de que al reloj de Griffith Hammersmith, que Buddy amablemente tomó prestado para mi conveniencia, no le han dado cuerda y está marcando la hora de ayer o de antes de ayer! Seré rápido con este dilema viciado, a pesar del pronunciado lado gracioso. Tal vez ustedes le recuerden rápidamente al señor Fraser que, en persona, nos ofreció este servicio fuera de lo común. Dijo que mandaría personalmente cualquier libro que pidiéramos, o algún delegado suyo, si él estuviera fuera de la ciudad, sin duda asumiendo que un amigo o pariente de confianza asumiría los costos del correo. Sin dar más vueltas, aquí está la lista para ustedes o para la señorita Overman que nos gustaría recibir en esta dudosa dirección. El señor Fraser no mencionó cuántos libros consentiría en mandarnos, entonces, si me tomé demasiadas libertades con la cantidad, por favor pídanle a la señorita Overman que se interponga y disminuya la cantidad, usando su encantadora discreción. Sucintamente expuesto, como sigue:

*Italiano para conversar*, por R.J. Abraham. El es un buen amigo de los viejos días en España.

Cualquier libro tolerante o intolerante con Dios, o simplemente con la religión, los escritos por personas cuyos apellidos comienzan con cualquier letra después de la H; para mantenernos en el lado seguro, por favor incluyan también la H, aunque creo que casi la agoté.

Otra vez la obra completa del conde Leo Tolstoi. Esto no será un inconveniente para el señor Fraser; será un inconveniente para la hermana de la señorita Overman. Ella, la señorita Overman, tiene la obra completa del conde y podría consentir en prestárnosla otra vez, sabiendo a esta altura que cuidamos apasionadamente los libros prestados por amigos. Por favor, no manden *Resurrección* o *La sonata Kreutzer* y tal vez ni siquiera *Los cosacos*, no siendo necesario o deseable una segunda lectura de estas obras maestras. Queremos especialmente volver a cruzarnos con Stepan o Dolly Oblonsky, que capturaron nuestros corazones, nuestra humanidad, nuestra diversión la última vez que nos encontramos; éstos son los personajes, hombre y mujer, de *Ana Karenina*. Con seguridad, el joven pensador, héroe del libro, es enteramente absorbente, así como también su bella y futura mujer, una criatura adorable en último análisis; sin embargo, son muy inexpertos; necesitamos mucho más de la compañía de un pícaro en este lugar, con una dulzura directa en su corazón y sus entrañas.

*El músico de Gayatri*, de autor desconocido, preferentemente con las palabras originales pegadas a la traducción al inglés; enteramente bello, sublime y refrescante.

*Don Quijote*, por Cervantes. ¡Este hombre es un genio que está más allá de toda comparación fácil! Tengo esperanzas en que la señorita Overman mande esto personalmente y no el señor Fraser personalmente; me temo que es incapaz de pasarnos el trabajo de un genio sin un comentario personal y una enloquecedora evaluación. En tributo a Cervantes, preferiría recibir estas obras por correo sin discusiones sin sentido y azares poco necesarios.

*Raja-Yoga* y *Bhakti-Yoga*, dos pequeños volúmenes, perfectos para los bolsillos promedio de chicos de mi edad, por Vevekananda de India. Es uno de los más excitantes, originales, y mejor equipados gigantes de este siglo con el que yo jamás me haya topado; mi admiración personal por él nunca se extinguirá o dejará de aumentar mientras viva. Recuerden estas palabras: fácilmente daría diez años de mi vida, tal vez más, si pudiera haberle dado la mano o por lo menos un respetuoso saludo en alguna agitada calle de Calcuta o en cualquier otro lugar.

Para un primer encuentro, o para un renovado encuentro, ediciones del tamaño más pequeño posible de los siguientes geniales o talentosos escritores:

Charles Dickens, ya sea en partes o entero, o en cualquier forma ¡Oh, Dios, yo te rindo homenaje, Charles Dickens!

George Eliot; sin embargo, no en su integridad. Por favor dejen que la señorita Overman o el señor Fraser decidan sobre esta cuestión. Como Eliot no es demasiado caro a mi corazón, dejarle la cuestión a la señorita Overman o al señor Fraser.

William Makepeace Thackeray, pero no completo.

Jane Austen, íntegro o de cualquier forma, descontando *Orgullo y prejuicio*, que ya está en mi posesión. No voy a molestar al genio incomparable de esta mujer con comentarios dudosos; no puedo entrar en una discusión sobre un genio femenino, magnífico y humoroso.

John Bunyan. Francamente, no le di a este hombre una justa oportunidad cuando era más joven, encontrándolo sin ganas de darles a unas pocas debilidades personales, como ser la ambición, la pereza, y muchas otras, el beneficio de unas pocas, algo tortuosas, dudas. Es demasiado condenablemente áspero para mi gusto. Paso al próximo autor de esta lista desordenada.

Warwick Deeping; no demasiado esperanzado pero fuertemente recomendado por cualquier conocido en la biblioteca principal. Estoy completa y permanentemente en contra de ignorar libros recomendados de corazón por lindas personas y desconocidos; las consecuencias son a menudo dolorosas en una forma muy encantadora.

Las hermanas Brontë de nuevo, ¡son chicas embriagadoras! Fraser podría perfectamente enojarse por la algo floreciente cantidad de libros pedidos, a pesar de que él mismo olvidó mencionar el número máximo de libros que estaría dispuesto a mandarnos mientras estuviéramos lejos. Por favor, pídanle a la señorita Overman que lo impresione diciéndole que los dos estamos leyendo con creciente, increíble rapidez todos los días de nuestras vidas y podemos devolver cualquier valioso libro en un segundo, donde la velocidad de la devolución es esencial y nosotros podemos conseguir estampillas.

**(Traducción de María O'Donnell)**

# Best Sellers///

## Ficción

| | | Sem. ant. | Sem. en lista |
|---|---|---|---|
| 1 | *El ojo del samurai*, por Morris West (Vergara, 102.900 australes). El escritor de best sellers mundiales proyecta a sus personajes en una Unión Soviética devastada que pide ayuda a capitalistas alemanes y japoneses. La trama se desenvuelve en Bangkok, donde se reúnen quienes responden al pedido. | 2 | 4 |
| 2 | *Scarlett*, por Alexandra Ripley (Ediciones B, 297.300 australes). Tómelo o déjelo: Scarlett O'Hara y Rhett Butler se reencuentran en la continuación de *Lo que el viento se llevó*. | 9 | 2 |
| 3 | *El impostor*, por Frederik Forsyth (Emecé, 150.000 australes). El autor de *El día del Chacal* recuerda los días de la Guerra Fría a través del impostor, una leyenda viviente del espionaje británico que, después de pasar a retiro, decide contar las cuatro misiones más importantes de su carrera. | 1 | 4 |
| 4 | *Chances*, por Jackie Collins (Vergara, 220.000 australes). Amor, sexo, poder y riqueza recorren las vidas de un padre y una hija, Gino y Lucky Santángelo, que se unen para construir un imperio sin escrúpulos. | 6 | 3 |
| 5 | *Zorro dorado*, por Wilbur Smith (Emecé, 150.000 australes). Otro episodio de la saga de la familia Courtnay. Esta vez se trata de rescatar a Isabella, atrapada en Africa durante la guerra de Angola. | 4 | 12 |
| 6 | *Cementerio para lunáticos*, por Ray Bradbury (Emecé, 120.000 australes). Un cadáver aparece en un estudio de Hollywood. Corren los años 50 y el protagonista deberá mezclarse con un excéntrico grupo de personajes ligados a la industria del cine para resolver el crimen. | 5 | 8 |
| 7 | *Polaroids*, por Jorge Lanata (Planeta, 103.000 australes). El almirante Massera, Raymond Carver, Oscar Wilde y un anónimo viajante de comercio son algunas de las sorprendentes criaturas que habitan esta obra de un género rico en antecedentes argentinos: las ficciones de la vida real. | 3 | 11 |
| 8 | *Bajo bandera*, por Guillermo Saccomanno (Planeta, 110.000 australes). La vera crónica de un rito iniciático argentino: el servicio militar. Saccomanno —soldado durante el '69— construye un libro que, según Osvaldo Soriano, "da risa y espanto... se lee con un nudo en la garganta, entre risas y sobresaltos". | 8 | 8 |
| 9 | *Septiembre*, por Rosamunde Pilcher (Emecé, 160.000 australes). La autora de *Historia de una herencia* entreteje ahora una historia de pasiones, desencuentros y rupturas sentimentales con un perfecto setiembre escocés como telón de fondo. | 10 | 7 |
| 10 | *Historia argentina*, por Rodrigo Fresán (Planeta, 110.000 australes). Desaparecidos, montoneros, rockeros vernáculos, gauchos, Malvinas, Evita y Lawrence de Arabia unidos en una versión distinta de la historia patria. | 7 | 20 |

## Historia, ensayo

| | | Sem. ant. | Sem. en lista |
|---|---|---|---|
| 1 | *El octavo círculo*, por Gabriela Cerruti y Sergio Ciancaglini (Planeta, 125.000 australes). El menemóvil, la Ferrari, las privatizaciones, el caso Swift, la crisis matrimonial, las internas y otros entretelones conforman una crónica exhaustiva de los dos primeros años del gobierno de Menem. | 1 | 7 |
| 2 | *Proyecto 95*, por Rodolfo Terragno (Planeta, 117.600 australes). El autor de *Argentina siglo XXI* trata el estancamiento argentino, interpreta los cambios en el mundo y define las bases de un ambicioso plan de crecimiento. | 2 | 6 |
| 3 | *Catamarca*, por Norma Morandini (Planeta, 120.000 australes). La corresponsal argentina de *Cambio 16* viajó a Catamarca tras el crimen de María Soledad y describe el sistema perverso que hizo de esta provincia el reino del despotismo y la impunidad. | 4 | 7 |
| 4 | *La ventaja competitiva de las naciones*, por Michael E. Porter (Vergara, 350.000 australes). Estudio exhaustivo sobre cien empresas líderes en el mercado mundial, cuya eficacia impulsa el éxito fulminante de economías como las de Dinamarca, Corea, Japón o Italia. | 6 | 16 |
| 5 | *Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 102.000 australes). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental. | 3 | 17 |
| 6 | *Todo o nada*, por María Seoane (Planeta, 161.700 australes). La biografía del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho: una investigación que revela dimensiones desconocidas de su vida y construye el retrato de una década trágica. | — | 1 |
| 7 | *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, por Salvador de Madariaga (Sudamericana, 205.000 australes). Nueva visión de uno de los personajes más polémicos y contradictorios de la historia. | 5 | 10 |
| 8 | *Utilísima (Manualidades)*, por María José Roldán (Lidiun, 195.000 australes). Cómo trabajar con tela, cartón, papel y madera; pinturas en vidrio, estampados en seda, adornos de Navidad y trabajos para bebés y chicos. | 9 | 15 |
| 9 | *El fin de la quimera*, por James Neilson (Emecé, 110.000 australes). Uno de los mejores analistas políticos del país reflexiona sobre el mito de una Argentina rica y su trágica consecuencia: la irresponsabilidad de los dirigentes políticos. | 10 | 2 |
| 10 | *La antidieta*, por Harvey y Marilyn Diamond (Emecé-Urano, 118.000 australes). El libro que permaneció más de un año en la lista de los más vendidos en Estados Unidos propone un nueva manera de enfocar la alimentación: lo importante no es lo que se come, sino cómo y cuándo se come. | — | 5 |

**Librerías consultadas:** El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Lett, Ross, Homo Sapiens (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

**Nota:** Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanza en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

### RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Enrique Vila-Matas: **Suicidios ejemplares** (Anagrama). Nuevo libro de uno de los más secretos e interesantes nombres de la nueva narrativa española. Escribiendo bajo las sombras de Jorge Luis Borges y Marcel Schowb, el autor de *Impostura* y *Una casa para siempre* vuelve a poner en juego las reglas de la literatura portátil, el enciclopedismo improbable y la historia apócrifa donde célebres y desconocidos hacen del suicidio otra de las Bellas Artes.

Tom Wolfe: **Gaseosa de ácido eléctrico** (Júcar). Reedición de una de las joyas del new jornalism. Beatniks decadentes, hippies vigorosos y policías obtusos a la hora de legitimar la leyenda de Ken Kesey, el autor de *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Todo contado por aquel que años más tarde encendería con éxito la hoguera vanidosa.

# Carnets///

## FICCION

# El padre de Sam

**EL IMPOSTOR**, por Frederick Forsyth. Emecé, 393 páginas, 150.000 australes.

A partir de los cambios producidos en Europa Oriental, no sólo los partidos comunistas del mundo entero han tenido que replantearse su situación, sino también los autores de novelas de espionaje. La consigna, tanto para los seguidores de Marx (Karl) como para los padres de tanto James Bond, es la misma: o transformarse o morir. Y en este sentido, Frederick Forsyth hay que reconocerle unos reflejos que más de un político envidiaría.

La novela de espionaje, esa hermana menor del género policial, se desarrolló amparada en los ires y venires de la Guerra Fría. Con variantes no muy abundantes, en la novela de espionaje existe un antagonista por excelencia: la KGB, la "temible policía secreta rusa" como obligatoriamente la definían todos los hacedores del género. A diferencia de la novela negra, en la novela de espionaje siempre triunfa el sistema, los "buenos", los casi siempre apuestos espías de la CIA o de algún servicio secreto occidental dispuesto a defender el Mundo Libre.

Hace ya viente años Forsyth consiguió transgredir las reglas del juego e hizo de *El día del Chacal* una de las mejores novelas de espionaje a partir de cambiar el ángulo de visión. En primer plano estaba el criminal, un frío asesino que no dudaba a la hora de matar a su amante o vestirse de mujer para conseguir su objetivo, asesinar al premier Charles de Gaulle. En un segundo plano se encontraban los agentes del gobierno francés, el oscuro Claude Lebel y sus investigadores secretos. El enemigo ya no eran los soviéticos o algún otro que enarbolara la bandera roja del socialismo sino un grupo de ultraderecha.

A partir de *El día del Chacal*, Forsyth hizo de todos sus libros posteriores un filón de oro rápidamente convertidos en películas o miniseries (*Odessa, El cuarto protocolo, La alternativa del diablo*) pero las transgresiones habían quedado lejos y prefirió ajustarse a las generales de la ley.



Forsyth, el hombre del filón.

En *El impostor* el gobierno inglés ha decidido reformular su Servicio Secreto de Inteligencia, cuya función principal era espiar a los rusos. Con el Muro caído, la KGB también cayó pero en desgracia y el amor de Yeltsin y sus muchachos por la economía de mercado (ex capitalismo), el SSI tradicional (mucho espionaje, juego sucio y muertes por izquierda, en todos los sentidos) no podía seguir funcionando como hasta entonces. La primera víctima de los nuevos tiempos es Sam McCready, un espía de la vieja guardia tan lúcido como violento, poco partidario de la diplomacia y las buenas costumbres. Pero antes de su despedida, el viejo Sam, por medio de su fiel ayudante, contará cuatro de sus casos más importantes para demostrar cuán importante es él aún (o lo mejor: su función de espía dispuesto a todo) en la estructura del gobierno inglés.

Las dos primeras historias se desarrollan durante la Guerra Fría y el reciamente melancólico Sam parece decir: "Con Brezhnev estábamos mejor". Las dos últimas tienen como marco la perestroika y no son los rusos "el" enemigo sino otros que todo lector ya podrá ir sospechando. El viejo Sam —el viejo Forsyth— propone tres enemigos a tener en

## POESIA

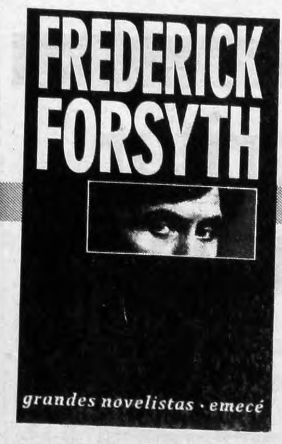
# La femenina voz de la

**DIAS DE SEDA**, por Ursula K. Le Guin. Nusud, 50 páginas. 70.000 australes.

Hay lectores afortunados que atravesaron el vasto hielo del planeta Invierno y leyeron, dispersos en la fría blancura, los trazos de un lenguaje descifrado con la curiosidad ávida y reverencial con que debería leerse un jeroglífico: de ese lúcido resplandor está hecha la novela *La mano izquierda de la oscuridad*, quizá la más célebre narración de Ursula K. Le Guin. Esos lectores recordarán que *Nusud*, en el idioma de los handdaratas, significa "no es nada": la palabra evoca una relajada calma y también una pasividad oscura y silenciosa que no oculta, sin embargo, su raíz anárquica, ya que corresponde al mundo de la duda, no de la conformidad: "La ignorancia —dice un personaje— es el campo del pensamiento (...). La vida es posible sólo a causa de esa permanente e intolerable incertidumbre: no conocer lo que vendrá". En esa tenue filosofía se asienta el gigantesco territorio utópico de Ursula K. Le Guin. Sus ficciones no son afirmativas ni meramente didácticas, eluden la parábola o la fábula que se elabora a partir de una conjetura científica. Pero sitúan el universo imaginario, de precisa congruencia, en una zona abierta a la extrañeza, donde apenas reconocemos, subvertidos, nuestras creencias y hábitos más naturalizados. Por ejemplo, el bosque interminable de Athste, donde moran criaturas que asumen su vida en armonía con los árboles, habitan con frecuencia el tiempo-sueño de lo irreal y son gobernados por mujeres, hasta que su inocencia claudica ante una invasión de terráqueos depredadores (*El nombre del mundo es Bosque);* la realizada utopía anarquista (*Los desposeídos*); la androginia en Gueden, cuyos habitantes son alternativamente hombres o mujeres y eluden así la fijeza, a menudo jerárquica, de los patrones culturales dualistas que impone el sexismo (*La mano izquierda de la oscuridad*). Aunque las expliquen parcialmente, la ecología, el anarquismo o el feminismo no hacen de tales ficciones novelas ejemplares. En un ámbito de maravilla percibimos, en cambio, una imagen que cuestiona patrones culturales fosilizados y opresivos. Esa anarquía de la palabra *Nusud* parece simbolizar el modo algo lateral de la negación que corroe un orden, impuesto mediante afirmaciones excluyentes y totalitarias. Vocablo *femenino*, toda vez que recordemos el lado anárquico de ese principio, como lo reconoce Ursula K. Le Guin en uno de sus ensayos: "(el principio femenino) Valora el orden sin constreñimiento, el gobierno mediante la costumbre y no mediante la fuerza. Es el hombre quien impone el orden, quien construye estructuras de poder, quien fija, impone y rompe leyes".

En el sello editorial Nusud aparece este libro de poemas de Le Guin: la antología *Días de seda*, preparada y traducida por la poeta Diana Bellessi. El nombre del sello es como un emblema: estamos en el mundo imaginario de aquellas narraciones, pero en la inmediata epifanía de una voz lírica. Se entrelazan los temas, casi motivos musicales, otra vez en los versos: el no-lugar como irrupción de lo maravilloso y lo diverso; la naturaleza vuelta subjetividad; la negación de toda hegemonía central, diversificada en múltiples centros; la palabra matricial, de la lengua materna, que funda el orden simbólico de la poesía en el principio femenino. Motivos que retornan en la ensoñada eficacia de la lectura: se vuelven más herméticos en los poemas pero, asimismo, su percepción es casi corporal, sensible, fascinada. Todos los personajes de Le Guin parecen metamorfosearse en esa primera persona que se dilata o se contrae en los textos y allí cuenta sus transformaciones: es océano, es viento, es tierra, es noche. Cuerpo imaginario cuya médula oye la voz de la piedra, el precipicio oscuro del absurdo, la rosa laberíntica. Cuerpo-pupila, centro ocular donde se proyectan las imágenes infinitas del mundo natural; cuerpo-oído, receptor del murmullo imposible de todas las cosas. Todo esto sucede en un lugar que no es éste ni aquél, sino *otro* espacio.

Pero este verbo de mundo en cierne, de aura, de relámpagos, sólo puede pronunciarse en la lengua materna, la voz que conoce las palabras de lo callado, del pliegue de la seda, del hueco que engendra vida. Voz femenina enunciada en el espacio neutral que abandona el poder viril de




cuenta: el terrorismo internacional (la conexión libia, el IRA irlandés, etc.), el narcotráfico y Cuba. Como la novela llega hasta mediados del noventa sólo se esboza el cuarto peligro: Saddam y el mundo árabe en general.

Forsyth, por medio de Sam, ficcionalizó el conflicto que todo autor de espionaje debe tener hoy por hoy. Existen, parece decir, dos caminos posibles: recordar los duros y buenos viejos tiempos (como John Le Carré en su último trabajo, *El peregrino secreto*) o descubrir quiénes atacan la *Pax Americana*. La primera propuesta más temprano que tarde terminará por aburrir al lector, siempre ávido de novedades, algo que los autores de best sellers no se pueden permitir. El segundo, posiblemente, sea el camino que desde ahora recorran estos escritores y sus indiscretos personajes.

Por lo demás, *El impostor* tiene todo aquello que los seguidores de Forsyth pueden esperar: ritmo, suspenso, abundantes diálogos que simplificarán la tarea del guionista de turno, un poquito de sexo (mucho menos que en su inquietante *Día del Chacal*), moralina patriótica y simplismos ideológicos que en otras épocas hubieran despertado la ira y que hoy sólo consiguen arrancar una tibia sonrisa.

**SERGIO S. OLGUIN**

# anarquía

la ley, en el sitio excéntrico de la verdad entredicha pero no impuesta: lugar del decoro o de la distancia. En esa lengua hablan los poemas. A veces los textos mentan una mujer sabia y sencilla y vieja; a veces, desconstruyen con humor algunas mitologías: sólo las mujeres comen manzanas desde el alba del Edén judeocristiano, Ariadna tendió su hilo quizá para hallar al Minotauro. La voz matricial no excluye al hombre, sino propone una conciliación nueva, por lo cual el dualismo genérico se trascienda en la identidad de lo puramente humano.

"Cuando descubras qué es el poder, regresa (...). El techo de mi casa es trueno,/ el umbral es el viento./ Yo guardo esta casa, la gran casa./ ¿Cuándo entrarás a ella?". Estos poemas postulan la inversión del marco simbólico: el nombre pertenece al orden materno, femenino. Apenas abrimos el libro leemos: "Este viejo cuaderno donde escribo fue de mi padre;/ nunca escribió en él"; al cerrarlo, leemos versos que evocan el habla de las mujeres como lenguaje original del canto: "Canciones que hablan de lanzar y recoger,/ de cargar, criar y enterrar,/ canciones de las que sólo mi gente/ conoce todas las palabras". Debemos este sutil orden a la finura de la traductora. Con él se sugiere que todos los poemas han sido escritos en ese cuaderno abandonado por el padre, con la letra numerosa que se modula en la voz acuática de las mujeres, la voz de viento en los días de seda.

**JORGE MONTELEONE**




**Mario Roberto Santucho, Benito Urteaga, Enrique Gorriarán Merlo: los entonces líderes del ERP en una conferencia de prensa.**

**ENSAYO**

# Ajuste de cuentas

**TODO O NADA**, por María Seoane. Planeta, 381 páginas. 160.000 australes.

Mario Roberto Santucho murió acribillado a las 14.30 del lunes 19 de julio de 1976 cuando en un departamento de Villa Martelli preparaba las valijas para partir hacia un largo exilio. Desde entonces han pasado quince años de silencios y distorsiones. La dictadura militar produjo una avalancha interminable de propaganda en la que la guerrilla aparece exclusivamente como una máquina productora de atentados; los juicios de los primeros años de restauración democrática transitaron invariablemente por el concepto de los dos demonios manteniéndose en la superficie del fenómeno de la lucha armada; hace poco se pudo ver a los ex guerrilleros subidos a la parte de atrás del menemóvil y entreverados en las fiestas de Punta del Este después de aceptar el indulto; los hechos de La Tablada, una repetición trágica del accionar guerrillero. Todo ello ha impedido una mirada profunda sobre la vida de Santucho, sus rasgos personales y la crónica del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), la organización que condujo durante casi dos décadas. Como consecuencia, aquella historia sólo es explicada como un producto de mentes perversas o, en el mejor de los casos, como un accidente histórico sin contexto. *Todo o nada*, el libro de María Seoane, ajusta cuentas con esas visiones, representa una categórica crítica de la experiencia guerrillera del ERP y recrea los tres pilares que permiten ubicar los hechos: los tumultuosos años que se vivían en la Argentina y el mundo; las características personales de Santucho, y los encendidos debates que ubicaron en uno u otro lado a toda una generación.

Más de tres años de meticulosa investigación permiten hurgar, por primera vez, en un aspecto decisivo de la vida de Santucho: el ambiente familiar de polémica entre católicos, radicales y comunistas; su formación medio nacionalista y medio socialista; y lo que ha signado toda la historia de la guerrilla: un carácter mesiánico, voluntarista, combinado con la desesperación, y la impaciencia de las clases medias que nutrieron sus filas.

En ese marco, desde la salida misma de la adolescencia, la vida personal de Santucho y el gran amor de su vida, Ana María Villarreal, surgen casi como un detalle escenográfico de la lucha política. De todas maneras en el texto hay un seguimiento detallado que permite una inédita aproximación a ese carácter silencioso, de una cierta moral cristiana y cuya pasión se descubre en cada línea de sus cartas de amor.




**Una pared de la época.**

Indudablemente el centro de la escena lo ocupa la época. El triunfo de la Revolución Cubana, la identificación con el Che Guevara, las luchas en los ingenios, las universidades en llamas, el Chile de Salvador Allende, los Tupamaros en Uruguay, el Mayo Francés —vivido personalmente por Santucho—, Vietnam, el Cordobazo, Villa Constitución, la masacre de Ezeiza, los Montoneros; todo se amontona en las páginas como se amontonaba en la realidad. Santucho y todos los jóvenes que se inmolaron en la búsqueda de una sociedad mejor eran producto y actores de este proceso mundial de cuestionamiento a los órdenes establecidos, incluso, ya en ese entonces, también al orden de los países del llamado "socialismo real". Por ello, toda esta biografía está recorrida por las respuestas de Santucho a los acontecimientos y los tumultuosos debates planteados casi universalmente sobre la lucha armada, la vía pacífica al socialismo, las acciones absurdas, la represión desatada sobre quienes estaban desarmados, la democracia, la lucha dentro o fuera del peronismo. En el centro queda el aislamiento, la búsqueda de atajos y la negativa a un largo proceso de conquista de una clase trabajadora que por entonces dio al peronismo el más abrumador triunfo electoral (67 por ciento de los votos). Como dice el sociólogo norteamericano James Petras, "invirtieron las relaciones, ellos se consideraban la vanguardia y el movimiento de masas debía seguirlos".

Evidentemente, a aquel capítulo se le debía una verdadera historia; ni un panegírico acrítico ni un alud de prejuicios ahistóricos. Con *Todo o nada* la deuda empieza a pagarse.

**RAUL KOLLMANN**

# EL CAZADOR OCULTO

**José Gómez Fuentes.**

Mauro Viale: En estos diez años, ¿en qué cambiaste?

J.G.F.: Ahora van a tener una misma versión del antiguo Gómez Fuentes, pero más leído...

M.V.: Vos, con la gente... ¿(tenés) la sensación de que la gente te perdona?

J.G.F.: ¿Por qué me tenía que perdonar? Yo le tengo que perdonar que haya tardado diez años en ir a darme un abrazo (...)

M.V.: ¿Sos amigo de (Leopoldo Fortunato) Galtieri?

J.G.F.: Sí, cada vez más. Es un honor para mí (...) Creo que (Galtieri) es un gran sensato, llevado por un cúmulo de circunstancias a dar una batalla que acaso, en sus tiempos, en sus modos, no era la correcta (...).

Carlos Grosso (abrazando a Gómez Fuentes): Felicitaciones por la coherencia, felicitaciones por el aguante, felicitaciones porque yo lo conozco de antes de ser el superstar de la guerra, y que sé de sus convicciones democráticas, de su militancia política y de su bonhomía de persona, me alegra mucho... (sale G.F.)... después que se han dicho tantas pavadas sobre Gómez Sánchez... eh... Gómez Fuentes... yo quiero dar mi testimonio personal...

M.V.: Es maravilloso.

*La mañana*. ATC. Octubre 22, 9.10 hs.

* * *

**Silvia Fernández Barrios, Karina Rebollini y Liliana Caldini.**

S.F.B.: Karina, ¿vas a tomar champagne en el programa?

K.R.: Espero. No sé si en el programa, pero antes seguro.

S.F.B.: Yo les cuento por qué se lo pregunto...

K.R.: No me dejes de contar intimidades...

S.F.B.: Se pone tan cariñosa cuando toma champagne, que no sabés lo que es...

K.R.: ¡Mirá quién habla!

L.C.: ¿Con vos?

*Cinco mujeres*. ATC. Octubre 16, 15.50 hs.

* * *

**Mabel Cohen.**

A (los nacidos bajo el signo de) Sagitario les gusta, digamos, autoabastecerse (en el amor) (...) Acuario... (son) los que van mostrando la cantidad de orgasmos que tienen por todos lados.

*Fax*. Canal 13. Octubre 17, 13.40 hs.

* * *

**Andrés Percivale.**

A.P.: Señor (Rogelio) Frigerio, estamos viendo unas imágenes maravillosas: es el 17 de octubre de 1945...

Voz en off: El 1° de Mayo, Día de los Trabajadores, los descamisados de Perón.

*Graciela y Andrés*. ATC. Octubre 17. 14.09 hs.

* * *

**Silvia Fernández Barrios.**

Mercedes Tiscornia: Lo importante de esto (la realización de un desfile de modelos a beneficio de los niños carenciados) es que se va a hacer en los salones de Ceremonial del Ministerio de Relaciones Exteriores.

S.F.B.: Que vale la pena ir por dos cosas: por los salones, y por la moda... Y por la obra.

*Cinco mujeres*: ATC. Octubre 15.



John Updike y Tom Wolfe —dos de los más respetados escritores del momento en EE.UU.— recuerdan y comentan sus impresiones al leer por primera vez "The Catcher in the Rye".

# EL CAZADOR OCULTO

## El escritor en llamas

TOM WOLFE

Yo tenía un amigo aspirante a novelista (que con el tiempo se convirtió en un novelista de éxito) llamado William Hoffman. Vivía en la calle 103 en el West Side en una habitación empapelada con notas de rechazo de las editoriales y la verdad que estaba loco con el libro de Salinger, así que lo leí. Era 1954. Yo tenía veintitrés años.

El tono me cautivó por completo, ese tono de conversación constante, de candidez absoluta. Pero al mismo tiempo me desconcertaba su mensaje. Tiempo más tarde, después de haber vivido en Nueva York, entendí todo. *The Catcher in the Rye* es un libro neoyorkino por excelencia. Los comentarios cínicos acerca de los padres y la escuela me eran completamente extraños. Pero esta cualidad de extrañeza me fascinaba como si alguien hubiera levantado el suelo y me enseñara, allí abajo, el más ambiguo y enfermizo de los territorios. Ahora que lo pienso, estoy casi seguro de no haber conocido a ningún cínico antes de haber leído la novela y —extraño o no— éste es uno de los pocos libros que explora con éxito las dudas y humillaciones que configuran el 95 por ciento de la vida de todo adolescente.

Más tarde leí *Nueve cuentos* y lo amé. Disfruté *Franny & Zooey* pero después la escritura de Salinger comenzó a parecerme más y más tediosa. El es uno de esos pequeños y preciosos talentos. Pienso que todo lo que escribe utiliza una y otra vez los mismos materiales: los años de su juventud. Es la misma vieja historia de siempre. El escritor acaba por convencerse de que el único tema posible es su vida privada. Y enseguida consume su vida hasta el último de los pedazos, hasta las mismas raíces. Finalmente, Salinger se mudó a Nueva Inglaterra y se enterró allí hasta las rodillas y todavía anda por allí, me dicen. Salinger parece ser el clásico escritor que se quemó. Ardió y ardió y acabó consumiéndose en sí mismo.

## Lo más parecido a un santo

JOHN UPDIKE

La primera vez que oí del *Catcher* fue por un compañero de cuarto en Harvard, en 1952. Mi amigo leía partes en voz alta con enorme entusiasmo y no paraba de reírse a carcajadas. No leí el libro hasta 1955 y quizá ya fuera demasiado viejo para Holden. Pero me pareció admirable —divertido, agudo, vívido, actual— aunque menos útil y didáctico que los cuentos de Salinger que sí había leído en el college. Me parecía que en el *Catcher* ya estaban las semillas empalagosas que más tarde crecerían con tanto vigor y lujuria. Me molestaba algo la actitud snob de Holden, su prédica de que uno tenía que ocultarse del mundo.

Para mí, Salinger era mucho más mágico en cuentos como "Justo antes de la guerra con los esquimales". *Nueve cuentos* me enseñó a escribir acerca de la inmediatez de la vida, de lo que estaba ocurriendo *ahora*. Esa cualidad de apertura zen, el modo en que sus historias no *cerraban* con un definitivo portazo como las de, digamos, John O'Hara o Dorothy Parker; para mí eso era tan revolucionario como los cuentos de Hemingway o, más tarde, los de Barthelme. Hace poco leí la edición pirata de los primeros cuentos de Salinger. Me parecieron interesantes, me intrigó esa rara mezcla de ternura y elegancia. Pero, al terminarlos, me di cuenta de lo bien que había hecho Salinger al dejarlos de lado y negarlos dentro de su obra.

En cuanto a sus problemas con la fama me parece que fue él mismo quien los inició con eso de desear que el autor de un libro que te gustó fuera tu amigo, alguien a quien llamar siempre que lo desees. Está en las primeras páginas de *Catcher* y recuerdo que al leer las palabras de Holden no pude evitar pensar cuán diferentes eran mis creencias; siempre he sostenido que el escritor te ofrece lo mejor de sí en su obra y que no hay nada mejor que dejarlo en paz.

Me alegra que Holden siga teniendo lectores adolescentes a través de los años y las generaciones. Quizá sea el mejor de los destinos y, desde ya, lo convierte en uno de esos contados libros que trascienden su condición de papel y tinta. He oído que Salinger está escribiendo y, sí, mi curiosidad por leer lo que haya incubado en estos años es más que poderosa. Daría cualquier cosa por leer lo que ha estado escribiendo a escondidas. El mundo de la literatura lo extraña. El es lo más parecido a un santo que tenemos.

